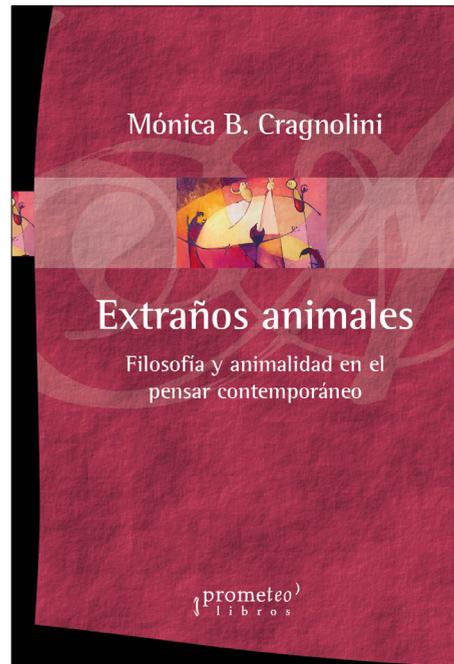


Por amor a los animales

GERMAN E. DI IORIO

(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)



Reseña de Cragolini, Mónica B., *Extraños animales: Filosofía y animalidad en el pensar contemporáneo*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2016, 250 pp.

Recibida el 20 de febrero de 2019 –
Aceptada el 31 de mayo de 2019

Mónica Cragolini comenzó su camino dentro de la investigación en la filosofía nietzscheana, incorporando progresivamente elementos posnietzscheanos a sus trabajos. Su trayectoria no sólo ha tenido un alto impacto en estas áreas, sino que, en su enfrentamiento para que este tipo de filosofías posea su lugar en la academia argentina, ha fomentado la creación de una variedad de espacios para que sea posible abordar profesionalmente esta línea de pensamiento. En este sentido, su actividad filosófica ha estado desde siempre vinculada a la militancia de aquellos tópicos que la apasionan, y el caso de *Extraños animales* ciertamente no es la excepción. Motivada por inquietudes vitales que desde su infancia la han solicitado, hace ya varios años que Cragolini ha enfocado su investigación sobre la cuestión de los animales. De igual modo, ella es directora de la revista *Instantes y Azares. Escrituras nietzscheanas (ex Perspectivas Nietzscheanas)* que, sobre todo desde el número 13 dedicado a la cuestión, ha incluido cada vez más intensamente textos sobre animalidad. En este desplazamiento filosófico encontró de nuevo grandes resistencias dentro de los confines de la academia. Tal como ella misma comenta, “más de una vez algún colega de Filosofía me ha preguntado, con ironía, si ahora había decidido dedicarme a ‘los animalitos’” (p. 9). Esto nos indica en qué medida, a pesar de que las problemáticas de la “otredad” sean uno de los signos de nuestra época, en lo referente a la alteridad animal todavía quedan muchos preconceptos a desedimentarse y desnaturalizarse, incluso dentro la filosofía.

Ahora bien, a pesar del menosprecio, la cuestión de lo animales ha devenido un tópico cuya enorme relevancia en las diversas esferas de nuestra economía de vida se ha vuelto sencillamente innegable hoy

en día. Más aún, si hace algunas décadas todavía era posible reprochar de modo obstinado que estas cuestiones eran foráneas, que la “liberación animal” era una preocupación ajena a la agenda latinoamericana, la insistencia y velocidad con la que los *Estudios críticos de los animales* han sido apropiados en la región dan cuenta de una gran inquietud por el tema y, al mismo tiempo, de un gran malestar en los cimientos de nuestras identidades culturales. Prueba de ello es su inclusión en la currícula de muchas universidades, y la cantidad y variedad de artículos y libros acerca de la temática publicados en las últimas décadas, así como también la creación en 2014 de la *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*. Vivimos de los animales, generándoles sufrimientos inimaginables de manera constante e ininterrumpida, pero estamos empezando a sentir la ineludible necesidad de dar una respuesta ante estos comportamientos tan característicos del hombre. De igual manera, que se pretenda justificar el maltrato hacia otras formas de vida en vez de asumirlo como un hecho sin más —que, por ejemplo, se busquen justificar las prácticas alimenticias— ya constituye un síntoma elocuente de aquellas transformaciones de fondo que, aunque a veces imperceptibles, están produciendo efectos en nuestro modo de conceptualizar aquella extrañeza que son los animales no humanos.

Asimismo, si por un lado la carrera como investigadora de Cragolini es muy reconocida, por el otro su actividad docente no lo es menos. Dentro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires hace tiempo que es profesora de Metafísica y Problemas Especiales de Metafísica y directora de la Maestría en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad. En los últimos años sus estudiantes hemos

podido participar de la incorporación de temáticas relativas a la animalidad en las diferentes cursadas que dictó, a las que hay que sumar seminarios de grado y posgrado donde también se ha dado esa tendencia. La reciente creación de la materia “Filosofía de la animalidad” a su cargo no sólo marca la culminación de una parte importante de este proceso, sino también un hito sin precedentes en la enseñanza universitaria de la Argentina.

Dentro de este marco es que se sitúa *Extraños animales*, libro que reúne diecinueve textos de diferentes extensiones y velocidades que la autora escribió entre el 2008 y el 2014. La mayoría de ellos corresponden a artículos publicados con anterioridad, de modo que, habiéndose escrito por separado, pueden leerse también de manera individual (aunque, como explicaremos luego, el orden en que se presentan está estructural y teóricamente justificado). Es interesante notar que, si bien en este tiempo fue compiladora de gran variedad de libros, hacía más de una década que Cragolini no publicaba uno compuesto exclusivamente por escritos suyos. Sin duda no se trata de un quiebre radical con sus anteriores producciones, pues la perspectiva con la que aborda la cuestión de los animales sigue enseñando frondosas raíces nietzscheanas y posnietzscheanas. No obstante, aquellos nuevos elementos que podrían rastrearse hasta sus primeros textos ahora toman otra dimensión. Además, es un libro personal, incluso por momentos melancólico, tal como lo patentiza la dedicatoria a la memoria de Dmitri, Yuri, Vladmir y Beppo, los cuatro gatos que la acompañaron en la escritura de estos trabajos.

Extraños animales conforma un gran entramado en varios sentidos. En primer lugar, por la interconexión de los textos que lo componen. Esto se debe no sólo a la te-

mática general compartida, sino al tipo de abordaje que realiza la autora. También hay una serie de figuras que se repiten y varían de un escrito a otro (por caso, la escena del elefante siendo diseccionado frente a Luis XIV o la de Robinson Crusoe en su isla), haciendo que se enriquezca su interpretación gracias a la multiplicación de perspectivas. En una primera lectura esto puede generar cierto efecto de reiteración, pero esta sensación se debe al estilo de Cragnolini, que aborda problemáticas complejas con una jovialidad tal que hace que devengan –aún con toda su rigurosidad– cercanas y aprehensibles. Así, por más que todos los escritos estén en un registro académico, no hay realmente un exceso de tecnicismos que dificulten la lectura por parte de aquella persona que se esté acercando por primera vez a la cuestión de los animales. A su vez, las conexiones con los libros anteriores que publicó se perciben sin dificultad. Esto no sólo por el “estilo nietzscheano” que comparten, sino también porque los escritos de este libro pueden servir para revisar los anteriores, revelando cierta tensión, cierta inclinación hacia la temática de los animales que, aún sin ostentar un semblante tan concreto como el que toma aquí, ya tenía su incipiente espacio de preocupación.

El libro está separado en cuatro secciones. La primera, “El tema del animal y el animal como otro”, está compuesta por tres textos que sirven para familiarizarse con la cuestión de los animales desde una perspectiva filosófica en general, aunque también aparecen los elementos nietzscheanos y posnietzscheanos que caracterizan las investigaciones de Cragnolini. Por lo que respecta al primer artículo, “Extraños animales”, éste había sido publicado en la *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales* y es uno de los escritos de mayor densidad conceptual del libro, abor-

dando temas que serán retomados en los siguientes. El escrito sirve para entender la especificidad de la animalidad en las crisis que las humanidades experimentan desde hace varias décadas, donde la idea de “hombre” atraviesa su momento de menor efectividad. Se rastrea cómo el surgimiento de lo animal en este campo de estudio –que parecía limitarse a lo propio del hombre– socava las bases del humanismo y marca la necesidad de que se replantee su objeto de estudio. Cragnolini realiza una genealogía de la idea de hombre desde los *studia humanitatis* en el siglo XIV, viendo cómo en sus orígenes las materias que conformaban este campo de estudios (gramática, retórica, poética, historia y filosofía moral) apuntaban a una separación tajante de la humanidad del resto de los animales; toda una serie de notas que, aunque durante muchos siglos permanecieron rígidas y ofrecieron límites certeros –y que aún hoy gozan de validez para gran cantidad de académicos–, comenzaron a flaquear debido a los avances de la etología, que las reencontraron en distintos animales. A su vez, Cragnolini no ignora que históricamente la crisis de las humanidades se debió en mayor medida al avance de la tecnociencia. Sin embargo, considera que la crisis que tienen que enfrentar las humanidades en la actualidad a partir de los *Estudios críticos de los animales* marcan otro tipo de *contaminación* estructural, dando lugar a nuevas problemáticas y demandando nuevas soluciones. En base a este planteamiento, la autora se pregunta si las humanidades deben seguir empecinadamente buscando propiedades que harían de lo humano algo exclusivo o empezar a buscar “otro modo de ser humano”.

A su vez, Cragnolini trae a colación una de las figuras que reaparece varias veces a lo largo del libro: *Robinson Crusoe*, de

Daniel Defoe. La novela patentiza cómo el humanismo concibe a los diferentes tipos de alteridades como límites que deben ser domesticados. Este escrito ha sido trabajado por Virginia Woolf, James Joyce, Marx e incluso por Deleuze, pero Cragnolini elige enfocarse en la lectura que Derrida hace en el *Seminario La bestia y el soberano. Volumen II (2002-2003)*, donde se tematiza tanto el miedo de Robinson a ser devorado como el miedo a lo ilimitado de la alteridad. Esta figura adquiere mayor centralidad y es desarrollada en detalle en el segundo escrito, “La ‘robinsonada hiperbólica’”. Cabe destacar que en este texto Cragnolini reflexiona sobre la voracidad de la subjetividad moderna en Latinoamérica, trayendo a colación el rechazo al “Área de Libre Comercio de las Américas” por parte de Hugo Chávez. En efecto, lo que la autora propone es que la “robinsonada hiperbólica” no consiste en un anhelo de retorno a la naturaleza, sino en el modo en que el individuo burgués piensa la realidad y sus relaciones sociales como medios para sus fines privados.

Esta sección termina con “Los más extraños de los extranjeros: los animales”, artículo que desarrolla cómo, y a pesar de que en la filosofía contemporánea hay una creciente preocupación por la cuestión de la extranjería, mucha veces se le sigue negando apertura al animal. Esto se hace en base a una distinción demasiado humanista que naturaliza los crímenes sobre los vivientes; tanto frente a otros animales, como ante los humanos a los que se reduce al lugar sacrificial del animal. Cragnolini rastrea este segundo modo de matanza sin culpas en la figura del semita a partir de la expresión española “perro judío”. El problema está en que si bien en la actualidad hay consenso sobre que el asesinato de seis millones de judíos –como si fueran “anima-

les”– es uno de los actos más nefastos de la historia, no se repara sobre los millones de animales que son asesinados todos los años en una “eterna Treblinka.” La analogía entre el Holocausto y la matanza sistemática de vidas animales no humanas se señala muchas veces como insensible, pero poco se repara sobre la metafísica humanista actuante de fondo en ambos casos, que habilita a considerar algunas vidas más dignas que otras. En este sentido, mientras la ética no dé cuenta de aquellos extraños extranjeros que son los animales, seguirá en un sueño dogmático.

“Animales nietzscheanos, kafkianos y heideggerianos” es la segunda sección, donde la lectura se desplaza hacia zonas más transitadas por la pluma de Cragnolini, recordándonos sus libros tempranos como *Nietzsche: camino y demora* y *Moradas nietzscheanas*. Empezando con “La ciencia jovial: un ejercicio del derroche frente a la ‘guerra santa’ contra el animal”, la autora retoma la propuesta nietzscheana de *La ciencia jovial* para criticar el modo habitual en que, a partir de la modernidad, la ciencia vivisecciona la animalidad. Ante una ciencia que sacrifica y vampiriza la vida, la apuesta por una “ciencia generosa” es el llamamiento a una economía que no totalice la alteridad animal. Ahora bien, esto no es negar el carácter violento y autocontradictorio de la vida, sino asumir esa violencia irreductible para evitar la espiritualización que nos lleva a odiar al animal, al cuerpo y a cualquier indicio de vitalidad. La alternativa que propugna la autora es más bien una economía del derroche, donde se abandonan las pretensiones de certeza en miras a una salud superior. Tal como afirma Cragnolini, “la extrañeza de lo extraño sólo puede apreciarse en la no apropiación (ya que toda apropiación homologa lo extraño a lo mismo, impidiendo ‘amar’ la diferen-

cia)" (p. 56).

Este intento por desapropiarse de la verdad "demasiado humana" y de su respectiva guerra contra el animal está en directa relación con el siguiente artículo, "Extraños devenires". Aquí también Cragnolini retoma el pensamiento nietzscheano, esta vez rastreando el lugar de la animalidad en el "post-humanismo" del filósofo alemán. En *Humano demasiado humano* se muestra cómo el trato del hombre con la animalidad se da o bien eliminándola en pos de la utilidad humana, o bien reduciendo su alteridad a los modos de ser humano (es decir, atribuyéndole rasgos humanos, que sólo por ser tales resultan dignos). Por lo que respecta a *La genealogía de la moral*, Nietzsche encuentra en el tratamiento hacia los otros modos de vida la génesis de la moral humana. El hombre en tanto animal calculador busca las regularidades, de modo que el encuentro con una animalidad salvaje y resistente a la sistematización exige su sacrificio. A su vez, en *Así habló Zaratustra*, a partir de los hombres superiores que huyen, el león que ríe y las palomas, Cragnolini interpreta una transición hacia otra economía de vida; de allí que nos advierte que hay que evitar leer a los animales nietzscheanos como metáfora humanas, pues de esa forma se sigue reduciendo la alteridad a una retórica de la mismidad. Lo que hay es un "devenir-animal" en el que el mundo de los animales y el de los humanos están en constante tránsito.

Continuando esta línea de lectura, el tercer artículo de esta sección, "Los animales de Zaratustra", comienza criticando el lugar que Heidegger otorga a los animales zarathustreanos en su *Nietzsche*. En este sentido, por más que Heidegger busque desligar a Nietzsche de las apropiaciones biologicistas, su lectura del "ultrahombre" sigue siendo demasiado humanista en

tanto entiende esta figura como la del "tecnócrata" por excelencia. Frente a esta interpretación, Cragnolini resalta el vínculo de Zaratustra con sus animales para entender al "ultrahombre" desde su hospitalidad con la extrañeza, aspecto que en Heidegger se ve bloqueado por su lectura "fabulista" de esos animales, como meros símbolos de cualidades humanas. A contramano de los comentarios más tradicionales, Cragnolini hace énfasis sobre la cuarta parte de *Zaratustra* como un abandono de la decadente humanidad y una preparación para la venida del ultrahombre a partir de la comunidad de lo viviente. No se trata de un "retorno" a una animalidad "originaria", sino de un cuestionamiento del lugar que los humanos le han otorgado a la animalidad: Zaratustra escucha el grito de los animales que sufren y desde la hospitalidad les ofrece cobijo en su cueva.

El siguiente escrito es "El oído de Heidegger en la cuestión de lo viviente". Ahora bien, aunque el artículo anterior criticó duramente el "humanismo heideggeriano", aquí Cragnolini lo rescata en buena medida, recordándonos bastante a las apropiaciones que Hernán Candiloro, su discípulo heideggeriano, realiza en varios de sus escritos. Por más que Heidegger continúe con la distinción aristotélica entre hombre y animal, a partir de los planteos derridianos de "El oído de Heidegger" la autora nos propone utilizar el concepto de "escucha" para pensar una posible amistad pos-humana. Si en Heidegger la escucha es del silencio, se trata justamente de escuchar esas "voces" animales que han sido calladas, sus sufrimientos silenciados.

Cragnolini suele encontrar en la literatura un recibimiento más hospitalario al problema de la animalidad, cuestión que se aprecia en sus interpretaciones de *Elizabeth Costello* de J. M. Coetzee o en *Soy un gato*

de Natsume Soseki. Esto también se puede ver en el escrito con el que termina esta sección, "Animales kafkianos: el murmullo de lo anónimo". El artículo había aparecido en *Kafka: preindividual, impersonal, biopolítico*, compilado en el que —junto con Evelyn Galiazo, otra de sus discípulas— Cragnolini rastrea las huellas animales en la escritura de Franz Kafka. De por sí resulta significativo que gran cantidad de comentarios resten valor al hecho de que el escritor judío fuese vegetariano, justificando esta conducta desde cierta edipización y restándole cualquier tipo de relevancia ético-política. Al igual que Deleuze con su "devenir-animal", la autora se enfoca en sus cuentos, rescatando como Kafka siempre está jugando con el bestiario del imaginario Occidental. Sus escritos están al borde de lo indecible, cuestionando el lugar de subjetividad que el hombre se atribuye y el lugar de insignificancia o monstruosidad en el que depositó a lo animal. Frente a esta exclusión sistemática, antes que buscar la mera reincorporación a la economía de la casa, la escritura kafkeana deja vagabundear a aquellos otros vivientes, restando en su extrañeza.

La tercera sección, "Animales derridianos (y otros)", tiene su resonancia con otro de los libros de Cragnolini, *Derrida, un pensador del resto*, en el que se recopilan una serie de textos en los que se puede apreciar el desplazamiento de un enfoque nietzscheano a otro más bien posnietzscheano bajo la impronta de la deconstrucción. Derrida, autor con quien en principio Cragnolini no había tenido tanta simpatía, es ahora la fuente principal, aunque también lo acompañen amigos tales como Blanchot, Lévinas y Nancy. Comenzando con "Hospitalidad (con el) animal", Cragnolini plantea el histórico lugar de disponibilidad del cuerpo animal ante el sujeto soberano

humano, analizando cómo la identidad de lo humano se ha construido sobre un dominio de lo viviente. En este punto la autora desarrolla la tensión derridiana entre derecho y justicia, analizando la metafísica de la subjetividad que interviene detrás de los "derechos de los animales", y problematizando sus aspectos positivos y negativos. En ese sentido es que para poder plantear una hospitalidad incondicionada es necesario entender que "no se puede pensar la cuestión del otro sin pensar en la cuestión del animal como otro". (p. 132), y para ello es fundamental entender la dimensión animal de la noción de "huella" —aspecto que incluso Lévinas se negó a considerar.

En "Políticas de la animalidad" la estrategia es retomar las propuestas derridianas de *Políticas de la amistad* para preguntarse por una comunidad con el viviente animal. Cabe destacar que es justamente en ese libro donde Derrida despliega sus sospechas respecto del pensamiento comunitarista de Bataille, Blanchot y Nancy. Sin embargo, Cragnolini retoma la deconstrucción de la amistad que Derrida divisa desde Aristóteles para pensar cómo sería una amistad con el animal, sosteniendo que aquella crítica derridiana es primordialmente hacia una concepción "fraternalista" de la comunidad. Tal "vivir-con" el animal requiere, en primer lugar, dejar de "vivir-de" el animal, sacrificar el sacrificio que ha puesto siempre la carne de lo viviente al servicio de la soberanía humana. Ahora bien, si incluso en las prácticas veganas se consume simbólicamente al animal a partir de los mecanismos subjetivantes, no se trata de abandonar el ámbito de las leyes, sino precisamente de pensarlo desde otro lugar.

En "Virilidad carnívora" la autora agrega que aquella economía sacrificial de lo viviente animal se enmarca también dentro de los confines de una "virilidad carnívora";

es decir, el lugar del soberano que puede devorar al otro posee rasgos propios de la masculinidad. Uno de las marcas distintivas de ser un hombre varón consiste en el adueñamiento de la carne de la alteridad, tanto de animales como de mujeres y niños. Este “carne-falocentrismo” nos recuerda que, como dice La Fontaine en “El lobo y el cordero”, “la mejor razón es la razón del más fuerte”. La razón no es sino efecto de la fuerza y la argumentación está supeditada a este principio.

Luego, en “*Ecce animot* o del quién al qué” se retoma el problema de la comunidad de los vivientes desde una perspectiva derridiana. La propuesta de Cragnolini consiste en dejar de pensar la muerte como aquel elemento que, según Heidegger, separaría al hombre del animal, para pensarlo como una instancia que los acomuna. En la muerte el “quién” humano deviene el “qué” animal que siempre ha sido. Puede resultar extraño que Cragnolini tematice la muerte como aquel elemento que articula su noción de la comunidad de lo viviente; no obstante, es fundamental entender que esta concepción derridiana de “muerte” no es la del sentido común; se trata del principio de ruina que contamina cualquier pretensión de soberanía, dejándonos expuestos a la alteridad.

“Soberanía de lo viviente: del tratamiento a ‘lo intocable’” analiza cómo lo que se toca excesivamente termina por ser vejado a causa de tal manipulación. El animal se halla frecuentemente en esa condición de “manoseado”, de allí que de cara a una “comunidad de lo intocable” la autora busque una “ley del tocar sin tocar”. En efecto, la “cura” [*Sorge*] no sólo resulta hostil cuando hay un “mal uso”, sino que ella misma está signada por el sacrificio, por eso es que “debe existir cierto temblor en el tocar para que el tocar no se transforme en aferra-

miento del otro” (p. 175). Bajo esta tesis, por más que Lévinas le haya negado rostro al animal, su noción de “caricia” puede ayudarnos a pensar un modo de vincularnos más hospitalariamente con aquellas vidas que se hallan en extrema fragilidad.

“Autobiografía como zoo-grafía: la animalidad en *D’ailleurs Derrida*”, publicado inicialmente en el número que *Instantes y azares* dedicó a la problemática de la animalidad, analiza los diversos animales que aparecen, “miran y pasan”, en los márgenes del film de Safaa Fathy. Lo que la autora desarrolla es cómo a medida que los textos de Derrida se tornan cada vez más autobiográficos, el bestiario animal que habita en su escritura se incrementa exponencialmente. Una vez planteada la muerte y duelo del animal que posibilita el cine, se pasa a analizar: la bandada de gaviotas y la pérdida de la identidad en la autobiografía; los impacientes peces que del otro lado del vidrio nos miran fantasmáticamente y corrompen nuestra concepción del tiempo; los gatos que tienen lugar en escena cuando Derrida habla del marrano y del secreto; las palomas que acompañan la reconciliación de las heridas; y las ovejas y cabras que caminan por el desierto del perdón y la hospitalidad imposibles. Para Cragnolini la autobiografía es zoografía en tanto pone en crisis la idea de subjetividad y da cuenta de lo precario que es poder decir “yo”, rompiendo los presuntos límites entre humano y animal.

Por lo que respecta a “Con-tacto (con el) animal”, aquí el posicionamiento de Cragnolini es similar al de “El oído de Heidegger en la cuestión de lo viviente”. En efecto, el texto se centra en Jean-Luc Nancy, filósofo que explícitamente se ha desentendido de la cuestión de los animales, afirmando que ésta le corresponde a Derrida mientras él se enfoca en el hombre. Sin dudas resuena

la entrevista “Hay que comer bien”, donde los dos filósofos franceses buscan responder a la pregunta “quién viene después del sujeto” (pregunta cuyos presupuestos metafísicos se analizan en “*Ecce animot* o del quién al qué”). En este sentido, por más que en la escritura nancyana se eluda cuestionar el lugar sacrificial en el que en Occidente se ha puesto al animal, Cragnolini reconstruye las implicancias con el animal en esos puntos en que deconstruye el discurso tradicional que organiza las lógicas de distribución de lo viviente, dando lugar a otros modos de ser no humanos. La noción de “ser-singular-plural” es apropiada para pensar justamente esa comunidad de lo viviente donde la extrañeza animal resta. Si en Nancy la voz deja de ser un atributo humano para pasar a ser una forma material en que la existencia está eyectada al mundo, entonces también habilita la escucha de la voz animal. Esta comunidad donde las vidas son inapropiables podría ser signada a partir de la lógica del sueño, donde el yo pierde su soberana vigilia y la vida entra en contacto con la muerte.

La cuarta y última sección, “Animales y biopolítica”, funciona como cierre del libro. Consiste en tres artículos que retoman los desarrollos que se hicieron a lo largo de las otras secciones, pero ahora poniendo el acento en la biopolítica inherente a las problemáticas desarrolladas, patentizando que las prácticas veganas no se limitan a la vida privada. En otras palabras, qué consumimos y cómo lo hacemos es una problemática inherentemente política. “De ‘otro modo de ser’: el animal nietzscheano” se pregunta si frente al animal estamos condenados a la decadente humanidad y su espiritualización de la vida. Si, por un lado, se critica el ideal ascético del hombre que lo marca como el animal más enfermo, por el otro, al ser éste insuprimible,

se plantea la necesidad de dar con una política que pueda pensar otro modo de ser. Aunque siempre reste cierta hostilidad, Cragnolini apunta a una vinculación con lo viviente que no sea sólo tanatológica. El ideal ascético es lo que genera la ilusión de sentido en el sufrimiento inherente a la vida, pero la vida es exceso y desborda las estructuras sacrificiales que el humano impone. El “ultrahumano” no es una instancia superior, sino otro modo de ser más allá del humanismo y la subjetividad moderna, y este devenir comienza poniendo fin a la dominación de los animales. Este cambio de perspectiva implica una resistencia ante la biopolítica sacrificial en la que hoy en día estamos inmersos.

De igual modo, en “El animal como ‘capital’ en la biopolítica: ambiente y biodiversidad” se analiza cómo la vida animal ha sido sometida a la administración humana, estando su cuerpo siempre a la mano para ser explotado y devorado. Este proceso se aceleró vertiginosamente con el capitalismo tardío, teniendo los animales su nacimiento, vida y muerte a disposición del consumo irrestricto dentro de una maquinaria despiadada. Frente a esto Cragnolini propone una “ecología profunda” para pensar políticas que no se reduzcan a los términos antropocéntricos del capitalismo. De modo que, por más que la autora siempre rescata el lugar de extrañeza en el que debe mantenerse la alteridad animal, también plantea que el abandono de la dieta carnívora sería uno de los mayores impulsos para la preservación de la biodiversidad. Tales políticas no resolverán las problemáticas de fondo pero son necesarias y urgentes.

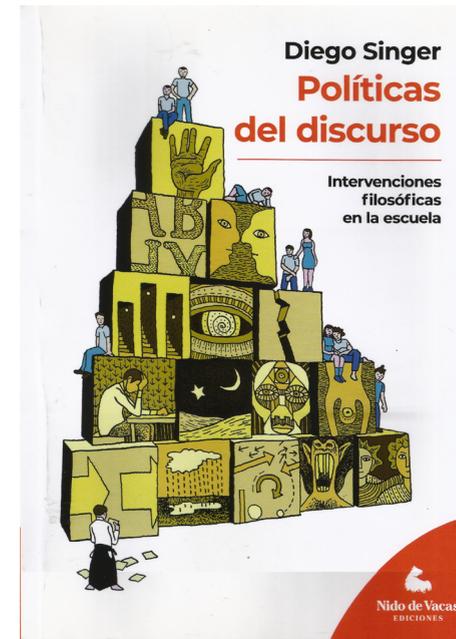
Por último, en “Biopolítica, alimentación y tanatología: comerse al otro” Cragnolini analiza el lugar de la carne dentro de la idiosincrasia Argentina. Sea con *El matadero* de Esteban Echeverría o con diferentes

cuentos de Leopoldo Lugones, se enfatiza cómo la “filosofía de la nutrición” que Nietzsche proponía encuentra desafíos específicos en un país donde “criticar el tema de la alimentación carnívora constituye casi un delito contra la identidad nacional” (p. 236). En efecto, la unión simbólica de los argentinos se da en torno a la parrilla, donde el animal es sacrificado y expuesto. Ante la extrema naturalización del consumo animal la autora busca hacer temblar la identidad nacional basada en el matadero. Nuevamente es la virilidad carnívora lo que está en juego, cuyo peso es superlativo en las prácticas alimenticias del país. La filosofía no puede permanecer indiferente ante estas prácticas; no se pueden hacer oídos sordos ante los gritos de sufrimiento de los animales.

En suma, el libro ofrece un recorrido por una serie de escritos que, aunque siempre desde una perspectiva nietzscheana y post-nietzscheana, atraviesa diferentes formas de pensar la extrañeza de los animales en el pensamiento contemporáneo. Los textos están orientados más que nada a aquellas personas que estén interesadas en la problemática animal, aunque también ofrece interpretaciones novedosas incluso de pensadores que, en principio, podrían parecer ajenos a las problemáticas abordadas; y si bien todo el libro está en un registro académico, su estilo se presta a varios tipos de lecturas. Cragnolini es una filósofa sumamente comprometida con sus investigaciones y su militancia animal, a lo que hay que sumarle que su escritura, aunque siempre coquetea con lo mortuorio, nunca abandona cierta jovialidad. Es por eso que esperamos con ansias leer el libro que está preparando actualmente, en el que realizará una genealogía del alma animal en la filosofía Occidental.

Palabras vivificantes en la praxis docente

MARIANO GAUDIO
(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)



Reseña de Singer, Diego, *Políticas del discurso. Intervenciones filosóficas en la escuela*, Buenos Aires, Nido de Vacas Ediciones, 2019, 157 pp.

Recibida el 30 de julio de 2019 -
Aceptada el 25 de septiembre de 2019

No podría escribir una sola línea sobre este libro sin antes confesar algunas cosas. En primer lugar, que conozco a Diego desde nuestros tiempos mozalbetes, cuando comenzamos la carrera de Filosofía a mediados de los años '90. Pese a nuestras diferencias, o gracias a ellas, rápidamente hicimos buenas migas. En segundo lugar, que compartí con él algunas de las experiencias que constituyen estas “intervenciones filosóficas”, es decir, trabajamos en el mismo colegio durante un tiempo. En tercer lugar, que más allá de nuestros reencuentros intermitentes y emocionantes, siempre guardo una gran admiración por su quehacer polifacético, desde el taller de filosofía y las clases en el penal de Devoto, hasta su paradigmático “filosofía a la gorra” y este mismo libro. Si se me permite un tramo más de apreciaciones subjetivas, diría que en mi amigo brillan ciertos rasgos muy marcados y sobresalientes para esta época y para esta profesión: es, ante todo, un apasionado de la filosofía, lo que lo empuja y empodera para pensar y escribir, lanzándose siempre más allá de lo establecido; es, además, una persona prístina, que no teme esconder sus ideas, ni teme no caer bien, que jamás buscaría la condescendencia del auditorio, y menos aún estaría dispuesto a relegar sus posiciones para ser aceptado; en este sentido, también es irreverente y desfachatado, pero sobre todo honesto, comprometido con sus convicciones y respaldado en un trabajo filosófico artesanal, serio y profundo. Todas estas caracterizaciones, con coherencia y a la vez con complejidades (matices, rupturas y resignificaciones), atraviesan el periplo que va desde nuestra juventud hasta la actualidad, y están latentes y se cristalizan en esta gran ópera prima. Dicho lo que tenía que ser dicho (un cúmulo de apelaciones a la emocionalidad), no queda más remedio que desplegar el análisis objetivo, frío y